

■ NUEVA GEOPOLÍTICA EN LA RIBERA SUR DEL MEDITERRÁNEO

Túnez, prueba de fuego para la PRIMAVERA ÁRABE

Punto de arranque de las revoluciones democráticas que han convulsionado el norte de África y Oriente Medio, el futuro de este país es decisivo para toda la región

Las revoluciones árabes, desencadenadas tras la revuelta popular en Túnez y el derrocamiento del régimen de Zine El Abidine Ben Ali, han creado una nueva situación en el Mediterráneo que atañe a Europa, en general, y a los países limítrofes, entre ellos España, en particular. Túnez es, hoy por hoy, un laboratorio en el que se genera un nuevo escenario para el siglo XXI. El resultado, positivo o negativo, de su transición democrática, afectará de una u otra manera a toda la geopolítica regional.

Tras la euforia de los primeros meses, surgió la incertidumbre y el miedo de ver surgir un Estado teocrático de corte fundamentalista. Las fuerzas políticas enardecidas al calor de las revueltas, se aprestan a encarar las próximas elecciones previstas este año, que marcarán el futuro a corto y medio plazo. De la experiencia tunecina depende en gran medida que la llamada *Primavera Árabe* signifique un progreso para el desarrollo socio-económico y el triunfo de los derechos y las libertades en el mundo ára-

be. Para entender el desafío en juego, sus actores, consecuencias dentro y fuera del país y el momento que atraviesa la llamada *Revolución del Jazmín* conviene señalar y tener en cuenta los siguientes puntos.

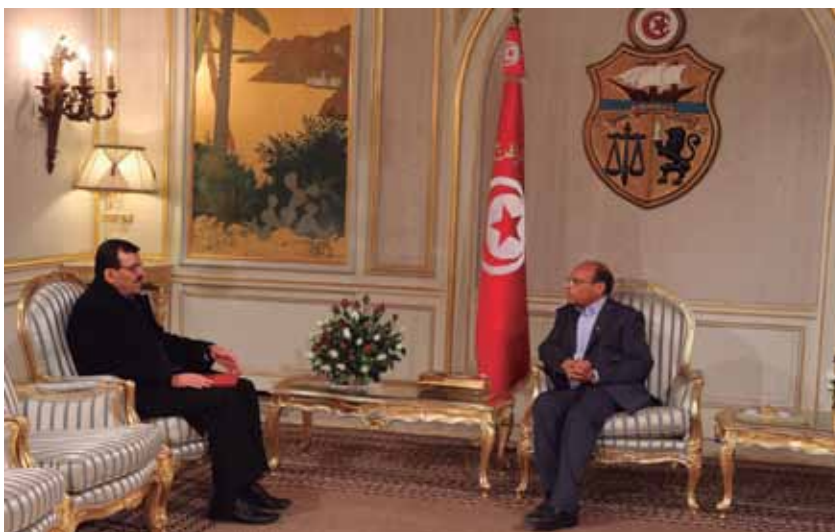
LA OFENSIVA SALAFISTA.

El movimiento salafista ha declarado la guerra al gobierno de transición formado por los tres partidos ganadores de las elecciones a la Asamblea Constituyente: el movimiento islamista *Ennahda*, el Congreso por la República (CPR) y el movimiento *Ettakatol*. Los salafistas les tachan de traidores al Islam, y han decretado la mo-

vilización de todos sus seguidores para derrocar la Troika e instaurar un Estado islámico en el país. Pretenden imponer un sistema que reproduzca los primeros años de la implantación del Islam. Esta «vuelta a las fuentes» (*alaf*) es lo que caracteriza su credo político-religioso. Su visión de la *Yibad* no es necesariamente violenta, pero sí impositiva y rigorista, lo que les lleva muchas veces a simpatizar o incluso practicar el radicalismo violento.

De los dos grupos existentes en Túnez que se proclaman defensores del salafismo, uno de ellos, el partido *Hizb ua Tabrir* (partido de la Liberación), liderado por Ridha Belhach, es en realidad un movimiento takfirista, ya que el salafismo es contrario a la creación de partidos políticos. Los takfiristas de Hizb ua Tahrir no serían hostiles a participar en las elecciones.

Otro discurso bien diferente es el de los salafistas del movimiento *Ansar al Sharia* (los partidarios de la Ley Islámica), dirigidos por Abu Iyad, y que se han lanzado en las últimas semanas a un enfrentamiento dialéctico directo con



El presidente tunecino, Moncef Marzuki (derecha) junto al nuevo primer ministro tunecino, Ali Laridi, tras su designación el pasado mes de marzo.

Mohamed Messara/EFE



Mujeres tunecinas durante las revueltas que hace algo más de dos años provocaron el derrocamiento del régimen de Ben Alí.

el régimen tunecino. Desde sus portales web y foros en internet, llaman a una ofensiva sin tregua contra el gobierno del islamista Ali Larayed, a quien califican de «apóstata» al servicio de los «descreídos».

En los últimos días se vienen produciendo enfrentamientos violentos de grupos salafistas con las fuerzas del orden. El pasado 19 de mayo fueron especialmente duros en la capital y se saldaron con un manifestante muerto y decenas de heridos, algunos de ellos graves. El propio Abu Iyad, en la clandestinidad desde el asalto a la embajada norteamericana en Túnez por manifestantes radicales en el otoño pasado, dirige a sus huestes a través de su cuenta en *facebook*, exhortando a los «guerreros de Alah» a resistir y a no ceder lo que considera como una «conquista» de su revolución: el derecho a proclamar públicamente su hostilidad a los objetivos de la joven revolución tunecina.

Todos los pesos pesados del salafismo tunecino se han lanzado a arengar a sus seguidores. Su táctica parece ser la misma en todas partes: convocar a sus partidarios frente a las sedes de los gobiernos regionales, hostigar a los funcionarios y corear consignas contra el Gobierno central, del que exigen su dimisión en particular la del ministro del Interior Lotfi Ben Yeddú, al tiempo que instalan verdaderos campamentos en las plazas que bautizan como «tiendas de la predicación». Una sección de *Anwar Al Sbaria* en la localidad de Bizerta ha declarado la *yihad* contra la policía

y el Ejército, y pretende izar su bandera negra en sustitución del emblema nacional tunecino en la propia sede del ministerio del Interior en la capital.

La opinión pública tunecina, en buena parte laica, no sale de su asombro, ante lo que consideran un descarrilamiento de la revolución. Desde algunos medios de comunicación se recuerda que hace algunos meses, el líder del movimiento islamista *Ennabda*, Rachid Ghanuchi, había dado alas a los salafistas en el cur-

El auge del salafismo no es respaldado por una sociedad en buena parte laica

so de una reunión secreta que mantuvo con ellos y que fue aireada en *Youtube*. El jeque les había exhortado a multiplicar las «tiendas de la predicación», a crear periódicos, radios y cadenas de televisión para difundir sus mensajes. Aunque posteriormente el movimiento *Ennabda* y el propio jeque Ghanuchi han dado pruebas de su moderación, el mal estuvo hecho, y hoy por hoy el Gobierno de Ali Larayed tiene serias dificultades para

contener las protestas y algaradas. Tarea ardua pero urgente, ya que desde esas mismas filas salafistas se elogia y apoya a los grupos armados yihadistas, estos sí violentos, que han lanzado sus operaciones terroristas en la región de los montes Chaambi, cerca de la frontera con Argelia. Fuertemente armados gracias a los arsenales de Gadafi saqueados por las milicias yihadistas y los contrabandistas de armas, los grupos terroristas tunecinos afiliados a Al Qaeda del Magreb islámico, se han atrincherado en algunas zonas montañosas del país, de las que el Ejército trata de desalojarlos.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Desde hace más de año y medio (fue elegida en octubre de 2011), la Asamblea Nacional Constituyente de Túnez, debate la redacción de una nueva Carta Magna. A pesar de la urgencia de la situación y de la presión de la opinión pública, sus 217 diputados no consiguen ponerse de acuerdo. El grupo mayoritario en la ANC, el movimiento *Ennabda* con 89 escaños, intenta imponer una «visión islámica» de una Constitución laica, en temas como las libertades públicas, los derechos de la mujer, o el lugar de la religión en la futura Ley fundamental de la república. Ni sus propios aliados en el Gobierno, el CPR y *Ettakatol* con 15 y 13 diputados respectivamente, le apoyan en esta línea que consideran «rompe la tradición laica» de Túnez. El presiden-

La Asamblea Constituyente desea mantener conquistas de la sociedad tunecina como los derechos de la mujer

te de la Asamblea, Mustafa Ben Yaafar, de larga tradición democrática, tampoco consigue inclinar la balanza en favor del mantenimiento incondicional de los valores que han caracterizado a Túnez desde su independencia el siglo pasado. Esta ambigüedad de la Asamblea constituyente choca con las corrientes laicas y democráticas que no aceptan que las conquistas de la República tunecina, en particular en relación con el papel de la mujer, sean cuestionadas. Durante decenios, incluso en el periodo del régimen policial y cleptócrata de Ben Ali y su familia, el papel de la mujer en la sociedad fue un ejemplo para todo el mundo árabe y musulmán. La emancipación de la mujer en Túnez fue de lejos la más avanzada de todos los países de cultura musulmana.

Mientras el debate sobre los fundamentos de la sociedad tunecina sigue su curso en la ANC, ésta ha conseguido al menos ponerse de acuerdo en una mini-hoja de ruta para las próximas citas electorales. La propuesta alcanzada por acuerdo prevé un calendario para organizar las elecciones legislativas el 27 de octubre de 2013. Para ello será necesario finalizar el proyecto de la nueva Constitución para el próximo 8 de Julio.

LAICOS FRENTE A RELIGIOSOS.

La élite tunecina actual, como la mayoría de las clases medias, es abrumadoramente laica. Los fundamentos de la República tunecina puestos en pie por su primer presidente independiente, Habib Bourguiba, y continuados dentro de la idiosincrasia propia de su régimen dictatorial por el anterior Jefe de estado, Zine Ben Ali, obedecen a una concepción de los derechos y libertades esencialmente basados en la tradición republicana francesa, su metrópoli colonial. Los nuevos

actores de la escena política tunecina, como los islamistas del movimiento *Ennahda*, y más aún los salafistas de diversas corrientes, no han sido formados en la concepción laica, sino en la religiosa.

Los islamistas no han sido los protagonistas de la revolución tunecina, ni participaron en su desencadenamiento, ni tampoco salieron a las calles en los momentos cruciales antes de la huida del dictador hacia Arabia Saudita. Sin embargo han sido ellos quienes han recogido sus frutos, en gran medida por constituir el partido político más reprimido en



La Revolución del Jazmín (en la foto, celebración en la capital tunecina del éxito de las revueltas en enero de 2010) fue el inicio de la Primavera Árabe.

la etapa anterior, con centenares de militantes encarcelados, y por la aureola de «mártires del Islam», mito con gran poder de arrastre entre la población musulmana desde el Atlántico hasta el Golfo.

Sin embargo dentro del partido gubernamental coexisten por el momento diferentes corrientes, que van desde el respeto a las libertades democráticas, hasta los partidarios de islamizar la Constitución introduciendo paulatinamente los criterios de la *Sharia*. Un ejemplo de esta ambigüedad lo constituye la posición que observa *Ennahda* hacia las controvertidas Ligas de Protección de la Revolución (LPR). Consideradas como verdaderas milicias del partido islamista, las LPR se comportan como grupos pa-

ramilitares. Son los *padaranes* tunecinos, los talibanes del País del Jazmín. En las reuniones que se celebran en Túnez entre los diferentes partidos invitados al diálogo nacional, el representante de *Ennahda* ha declarado claramente su oposición a la disolución de las Ligas, en contra de la posición sostenida por la aplastante mayoría. «Hay que controlarlas, no disolverlas», es la táctica de *Ennahda*. Quizás para evitar que se radicalicen, pasen a la clandestinidad y tomen las armas, opinan los más optimistas; o quizás porque el poder de *Ennahda* se basa en buena medida en esas milicias que aterrorizan a la población, dicen los más pesimistas.

En esta tesitura, es muy posible que la evolución interna del islamismo tunecino no dependa sólo del equilibrio de fuerzas entre partidarios de una u otra tesis, sino también de las presiones de los actores internacionales y de las obligaciones de Túnez con sus acreedores y aliados. El dúo Estados Unidos-Arabia Saudita es, hoy por hoy, el que tiene más peso en la elección de las opciones de futuro en Túnez. Washington viene considerando a la

Revolución del Jazmín como el acicate de los cambios en el mundo árabe, y del éxito de su experiencia depende en gran parte la remodelación de la geopolítica en el esta área preconizada por EEUU en su visión del «Gran Oriente Medio». Lo que plantea varios interrogantes: ¿la alianza de los EEUU con el islamismo es durable? ¿Washington puede aceptar en el Norte de África el radicalismo no-violento, como el practicado por los países del Golfo? ¿O bien esta alianza contra-natura terminará volviéndose en contra de Occidente, de sus valores y de su concepto de la democracia?

Por el momento todas las opciones siguen abiertas. Nada está decidido en Túnez. El pueblo tunecino es moral,

cultural y éticamente religioso musulmán, al tiempo que ha sido educado en una enseñanza laica. Una mezcla que parece dibujar el perfil favorable a un islamismo moderado como el practicado por el partido de la Justicia y la Libertad en Turquía (AKP), cuyo modelo goza de fuerte atractivo en la vieja Cartago. La evolución futura del islamismo tunecino dependerá también de la ductilidad que ofrezca el movimiento laico hacia el mismo.

Porque en el campo de las corrientes defensoras de la laicidad, existen diferencias notables en cuanto a cómo abordar un posible pacto o alianza con el partido *Ennahda*. Los laicos moderados, abundantes en el partido *Ettakatol*, en *Nida Tunes*, en el Grupo Democrático o entre los antiguos seguidores del *Neo-Destur*, son partidarios de una gran alianza con el islamismo nahdaui, al menos durante el periodo de transición. Los laicos radicales, también abundantes en los partidos políticos tunecinos, son más propensos a considerar que «no hay diferencia entre los islamistas» y que «todos son radicales»; y por lo tanto «el combate frontal con el islamismo es prioritario».

POR UN GRAN PACTO NACIONAL.

El pasado 12 de abril se constituyó en la capital el Frente Desturiano formado por seis partidos políticos que pretenden defender el legado del partido de Habib Burguiba, el Padre de la Independencia y primer presidente de Túnez. Este Frente se considera «modernista, centrista y reformista». A través de su apelación, el Frente Desturiano pretende dotarse de una cierta legitimidad histórica, y al mismo tiempo servir de plataforma para que los antiguos cuadros de la nación, los dignatarios del estado, los funcionarios, tengan una plataforma para intervenir en la Túnez de la revolución.

Mohamed Sahbi Bassli, uno de sus dirigentes, que fue embajador de Túnez en España, afirma sin dudar que «una gran parte de los altos funcionarios del Estado en la época anterior, desde Burguiba a Ben Ali, sirvieron al país, a la



Tunecinos orando el pasado mes de marzo en la mezquita de Al-zaytuna, la más importante y antigua de la capital.

Mohamed Messara/EFE

república, y no a la familia en el poder», y en consecuencia reclama su derecho a participar en la vida política y en la construcción del nuevo país democrático.

En el Frente Desturiano, además de Sahbi Bassli, se encuentran figuras como Kamel Morjane, que fue ministro de Asuntos Exteriores y Mohamed Jegham, antiguo ministro de la Defensa y del Interior. «Para superar la crisis actual que sufre la revolución en Túnez es necesario un gran pacto nacional, un acuerdo de consenso en esta etapa de transición», continúa Bassli. «La situación económica del país es crítica, hay mucho que reconstruir, y no podemos permitirnos el lujo de hundirnos en las

*La nueva
Constitución debe
estar aprobada
antes del próximo
8 de julio*

luchas partidarias», concluye. Según una parte de los analistas políticos en Túnez, no hay que excluir una alianza entre *Ennahda* y el Frente Desturiano, alianza que sería el núcleo central de un pacto nacional. No será fácil, porque hay que superar prejuicios y desconfianzas. Una buena parte de la juventud tunecina, que ha sido la verdadero artífice de la revolución que derrocó a Ben Ali, considera este Frente Desturiano como «algo del pasado».

Los herederos del partido de Burguiba, deberán también hacer frente a la competencia de otras agrupaciones como *Nida Tunes*, liderada por el antiguo primer ministro Beji Caid Essebsi, que disputa a *Ennahda* el primer puesto en los últimos sondeos electorales. *Nida Tunes* se coloca en el mismo terreno que el Frente Desturiano, pero tiene a su favor un mayor apoyo popular. Sin embargo sobre toda la

clase política, el Gobierno y la Administración, se cierne un gran nubarrón: las arcas del Estado están casi vacías. Según las estimaciones del banco Central de Túnez, el país necesitará en el curso del próximo quinquenio entre 20.000 y 30.000 millones de dólares para mejorar las condiciones de vida de la población y desenclavar las regiones desheredadas del país gracias a un programa de inversiones en trabajos públicos, transportes, energía y comunicaciones. Conscientes de este desafío, un grupo de personalidades tunecinas, árabes y europeas, han firmado el Manifiesto de los 200, tras el eslogan: «Invierta en democracia, invierta en Túnez». En el mismo hacen un llamamiento a los países occidentales a ayudar financieramente a Túnez. ¿Será escuchada su llamada? De ello depende en gran parte el camino que emprenda Túnez en estos años de transición. ¿Será el de la modernidad? ¿El de la vuelta a las tradiciones? ¿Buscará profundizar su relación privilegiada con la Unión Europea? ¿O por el contrario amarrará el vagón tunecino al tren de los países árabes del Golfo?

Pedro Canales